

LACUARTAPIEL

LACIUDAD,ENTRELA REALIDAD INEVITABLEYLAUTOPÍA CONSTRUIBLE

■ Ernesto Padilla González del Castillo*

En algún viejo documental sobre Desmond Morris (1978), conocí su concepto en cuanto a las diversas pieles que cubren al ser humano, desde su epidermis natural hasta aquellas que le dan alojamiento de manera menos cercana, pero igualmente significativa.

En la lógica expuesta, el entorno urbano representa una cuarta piel que se sobrepone a la propia piel corporal, al vestido y a las edificaciones, en una estricta secuencia de orden. Las preguntas que pueden surgir de esta afirmación son tan simples como trascendentes: ¿qué tan cercana es esa cuarta piel al ser humano, no sólo como cubrimiento físico sino como extensión que materializa sus modos de asumir la vida que en ella se suscita? Y más allá, en las condiciones de multiculturalidad que vivimos: ¿cuánto es capaz el habitante urbano de incidir en la configuración real de esa diversa y compleja vestimenta?

La realidad inevitable

El habitante de la ciudad actual trascurre por el espacio público, realiza sus actividades cotidianas al abrigo de él y, con frecuencia, busca en sus componentes las señales que le permitan reconocer los rasgos de su historia personal —sus propios rasgos— para reconocerse a sí mismo y así delinear su identidad, esa ratonera que como dice Rem Koolhaas (2006) «tal vez haya estado vacía desde hace siglos».

Es en esa búsqueda constante que el habitante urbano percibe:

- Imágenes visuales variadas, con frecuencia disímolas, que abruma por la gran cantidad de mensajes que de manera burda o sutil intentan transmitir las normas de convivencia que debe asumir; los productos que debe consumir; los sitios a los que debe dirigirse, y de modo cada vez menos visible, los vestigios de ese lejano escenario natural en que se asienta el inmenso conjunto citadino.

* Académico del
Departamento de
Arte y Diseño, UIA León.
ernesto.padilla@leon.uia.mx

Las edificaciones compiten entre sí; las calles ocupan apenas el espacio suficiente para alojar a vehículos y peatones; los anuncios espectaculares se arrojan sobre el viandante, y los árboles intentan sobrevivir entre la marejada de cables, tinacos, antenas...

- Sonidos que acarician o que agobian por su abundancia y diversidad. Campanas de templos, cantos de aves y murmullos de conversaciones que pelean en desventaja el espacio auditivo con bocinas de automóviles, sirenas de ambulancias, música a todo volumen. *Collages* de ruidos armónicos o desarticulados que denotan una intensa vida, una actividad constante, pero también la inexistencia de límites en los ámbitos de convivencia y las deficiencias de una planeación espacial que, como la buena música, debería reconocer la importancia de intercalar silencios suficientes entre la atropellada sucesión de sonidos.

- Caminos angostos que se entroncan con vialidades audaces, redes de desplazamiento para vehículos y en ocasiones hasta para peatones. Entramados de calles, avenidas y bulevares que no sólo sirven para que las personas lleguen a sus destinos, sino para «jalar» el crecimiento urbano hacia los sitios más convenientes por razones técnicas, según las autoridades que lo planean, o por razones económicas, según los inversionistas o desarrolladores que con frecuencia deciden. Calles que no sólo hacen posible el encuentro social y la movilidad de los habitantes, sino su inculturación a través de una dinámica de convivencia intensa y pocas veces respetuosa.

- Épocas sobrepuestas, estilos inconexos, formas incoherentes que ponen de manifiesto un proceso de ocupación

territorial que si en algunos momentos ha obedecido a modelos definidos, en general ha sido construido de manera espontánea, con las virtudes y vicios que ello implica.

En resumen, el paisaje urbano —contemplado como la estructura más visible de la ciudad— se va llenando de *multis* porque ahora su composición es multifuncional, multicolor, multirracial; en una palabra, es un paisaje multicultural, habitado por personajes de ideologías, intereses y trayectos múltiples. En esa convivencia plural y globalizada, el habitante puede muy bien sentirse ciudadano de cualquier lugar, pero también puede saberse ajeno a cualquier entorno y propietario de nada. Ello explica de muchos modos el incremento observable en el uso de tatuajes y *piercings* en el arreglo personal como señal de tribalismo, e inclusive en la práctica de una sexualidad intensa y abierta; actos todos que convergen en el ejercicio de la soberanía sobre el único territorio que es posible delimitar y controlar: el propio cuerpo o, en términos morrisianos, la primera piel.

En la base de todo lo expuesto se encuentra, por supuesto, la composición

Imágenes visuales variadas que con frecuencia abruma al habitante urbano



Foto: Ernesto Padilla



Foto: Ernesto Padilla

La ciudad plasma un texto
de rica e intrincada legibilidad

que juicios pesimistas podrían llamar «descomposición» social, ampliamente difusa en intereses y en modos de vivir el escenario común. Signos en lenguajes discontinuos y contradictorios. Segmentos sociales que atienden a sus particulares códigos, por encima de la visión común; predomios y desequilibrios ejercidos sin detenimiento. Culturas oficiales o políticamente convenientes que simulan ignorar las manifestaciones clandestinas, reduciéndolas a culturas alternativas o «contraculturas». Tribus urbanas generadas en todos los ámbitos territoriales y en todos los estratos sociales.

Cuando los elefantes pelean, la grama sufre, dice un adagio, y la ciudad es ahora, justamente, la grama que da soporte material y cultural a esa gran confrontación que se suscita cotidianamente en torno a nosotros sus habitantes, azorados espectadores del desconcierto.

Una mirada esperanzada

No obstante las complejas descripciones precedentes es posible percibir que la ciudad plasma, a través de todas esas ma-

nifestaciones, un texto de rica e intrincada legibilidad. Si se contempla acuciosamente, ese texto puede ofrecer una argumentación, cuando no es que un relato emocionante. Así, en la marejada formal, el habitante puede identificar las edades de los edificios, las ocupaciones de sus habitantes, las pretensiones de quienes lo desarrollaron, la forma en que se agrupan y conviven las personas, según sus intereses y sentimientos.

Vista desde el reto que implica su interpretación, la ciudad puede entonces no resultar deprimente, sino fascinante, pues como afirma Cassian (2007), estos caóticos y crueles lugares pueden ser contemplados desde «el necio deseo lúdico, el deseo estético de habitar», lo cual podría responder a la cuestión del por qué nos gusta tanto vivir en las ciudades.

Como libro abierto, aunque con una trama oscura y compleja, el entorno articula voces diversas, de procedencias e idiomas variados. Comprender esas voces —tarea cada vez más complicada— ayuda enormemente a valorar lo que en ese entorno ha sucedido y, poniendo en juego una mayor agudeza, lo que en él puede suceder.

Como afirma Koolhaas (2006), el hecho de que un texto urbano resulte indescifrable, no significa que carezca de escritura. Es probable que sus habitantes y promotores hayamos desarrollado «un nuevo analfabetismo, una nueva ceguera», que nos dificulta construir un código capaz de descifrar los nuevos simbolismos.

Aunque las resistencias al cambio hagan lentos los procesos de apropiación es importante reconocer que la multivalencia del entorno suele corresponder —aunque no de manera simplista o automática— a la multivalencia de sus habitantes. Expresado

de otro modo, el entorno se ha enmarañado porque sus habitantes hemos complejizado nuestro comportamiento y los bagajes estéticos, simbólicos y funcionales que le dan soporte. Cualquier habitante urbano actual es capaz de desarrollar varias tareas simultáneamente, comprender los acontecimientos, los signos de culturas lejanas y dominar varios idiomas.

La contraparte que confirma la hipótesis nos muestra que los entornos «simples» o menos sujetos a cambios y diversificaciones, como los pequeños pueblos y barrios que, según Candel (1979), son los «pueblos de la ciudad», albergan a habitantes más simples en sus procesos de pensamiento, en sus formas de vida y por tanto, en sus dinámicas de interacción colectiva.

Ante todas estas atenuantes y facetas positivas debe reconocerse que, en su abrumadora pluralidad, ese entorno «múltiple» ofrece importantes ventajas de habitabilidad y sobre todo de «inclusión cultural», a cambio de las dificultades de lectura que su compleja conformación implica:

- Mayor versatilidad en cuanto a las manifestaciones culturales alojadas en los escenarios urbanos.
- Amplia riqueza informativa y formativa desprendible de la profusión de signos convivientes.
- Oportunidad de elección entre ámbitos de fácil identificación y aquellos que promueven la convivencia del anonimato que muchos habitantes urbanos anhelan, cansados de ámbitos univalentes y de identidad pura (Sennett, 1975).

Con el permiso de los apegos nostálgicos podemos potenciar todas esas ventajas

en la construcción de entornos, cuya amabilidad no se centre en la pureza de formas y mensajes o en la nitidez de su organización territorial, sino —paradójicamente— en una más amplia profusión de modos culturales y en modelos de urbanización más flexibles y menos restrictivos. Eso es, precisamente, lo que plantea el apartado final de esta colaboración.

La utopía construible

Aunque le resulte difícil de aceptar, el habitante de la ciudad actual debe asumir que ese concierto abrumador de voces desarticuladas que presencia en el paisaje urbano es el producto fiel de sus propias diversidades y contradicciones; que si esa ciudad que le pertenece tanto —como la epidermis en que marca sus símbolos— le resulta difusa y caótica, sólo refleja lo que sus propias maneras de afrontar la vida señalan.

En sentido pasivo, asumir implica una aceptación resignada. En su acepción proactiva representa apropiarse de algo con la intención de trasformarlo. Por tanto, si el ciudadano se reconoce en el alud de estímulos que le arrojan sus escenarios de vida, debe hacerlo con la convicción de que dicha confusión puede ser encauzada hacia una realidad aún más plural, pero también más armónica y concordante.

La respuesta a dichas confusiones y a las esperanzas plasmadas en los apartados precedentes está en la configuración de lo que podríamos llamar un

¿Cuánto es capaz el habitante urbano de incidir en la configuración real de esa diversa y compleja vestimenta?



Vista desde el reto que implica su interpretación, la ciudad puede entonces no resultar deprimente, sino fascinante

«entorno multivalente», conglomerado de elementos urbanos que admite la convivencia de usos diversos en espacios que, desde principios de permeabilidad, apertura y reuso, reflejan la diversidad cultural de la ciudad actual.

Si las colectividades urbanas aspiran a entornos más ordenados, deben estructurar formas sociales de relación más respetuosas, pero también más abiertas. El reto consiste, por tanto, en conformar espacios multivalentes que procuren el respeto y la empatía, sin atentar contra principios de diversidad. Entornos en los que sea posible aplicar políticas de ocupación como las siguientes:

- Procurar la integración respetuosa de edificaciones y espacios generados en épocas diversas, para que la ciudad sea un texto en que sea posible visualizar las fases históricas que han marcado su desarrollo.
- En la misma dirección, flexibilizar las reglamentaciones que buscan preservar las zonas consideradas históricas o «patrimoniales» con el objetivo de facilitar la convivencia de elementos urbanos producto de la cultura local con aquellos que reflejan los procesos de globalización y multiculturalidad que se suscitan en toda ciudad de escala considerable.
- Amortiguar los efectos negativos de la cercanía entre zonas de usos diversos o incompatibles, mediante elementos de transición como áreas verdes, vialidades primarias y corredores de usos mixtos.

- Minimizar o suprimir las soluciones de separatismo que, a través de recursos como fraccionamientos privados o *clusters*, *ghettifican* la ciudad, a la vez que inhiben su funcionamiento integral y la convivencia de sus habitantes.

- Aprovechar los grandes «lunares» baldíos, mediante la promoción de espacios públicos que hagan propicio el intercambio social, debidamente combinados con desarrollos de alta densidad que garanticen su rentabilidad económica.

- Regular, con especial empeño, la proliferación de elementos visuales como anuncios, señalamientos y *graffitis* de modo que, sin reprimir su función como recurso de comunicación y expresión cultural, respeten la legibilidad del paisaje y la presencia de elementos arquitectónicos o naturales.

Como puede inferirse de estas propuestas, no se trata de promover el desorden, sino de aceptar que nuestra cultura urbana es un mosaico cada vez más amplio que debe ser encauzado hacia una estructuración más regulada por sus habitantes que por autoridades centrales.

La idea de ciudadanizar los procesos de urbanización no es nueva ni mágica en sus efectos, pero se vuelve especialmente vigente en ciudades que, como las latinoamericanas, deben albergar una dinámica social cada vez más contrastante en términos económicos, ideológicos y tecnológicos. Por su naturaleza espontánea, los progresos en esa dirección pueden hacer más viable el logro de modelos de desarrollo abiertos, que permitan la convivencia de las diferencias.

Es preciso, sin embargo, advertir que una mayor diversidad hace necesarias

condiciones de mayor respeto y claridad en las normas de cohabitación. El papel del escenario físico en la configuración de un nuevo orden que conjugue la pluralidad y la armonía es fundamental si recordamos el impacto educativo que los elementos espaciales ejercen sobre quienes los ocupamos.

La multiplicidad regulada de usos urbanos, que desde los años sesenta defendiera la insigne Jane Jacobs (1973), y su materialización en espacios con soluciones permeables, es un vehículo valioso para construir entornos en los que fluyan las diversas manifestaciones sociales, sin por ello degradar los principios

de diferenciación y gradualidad que por décadas han emanado de los restiradores y computadoras de los planeadores urbanos.

Por lógica, las trasformaciones espaciales no son tan aceleradas como las culturales ni denotan con la misma fuerza los movimientos que se suscitan al interior de los grupos humanos. Aún así, es posible gestionar entornos que, sin acentuar las tendencias al desecho fácil que aquejan a las culturas contemporáneas, ofrezcan una sensible capacidad de adaptación que les permita reflejar con mayor fidelidad los agitados procesos de cambio que se aproximan. ■

REFERENCIAS

Candel, Francisco (1979) *Barrio*. Barcelona: Plaza & Janés.

Cassian Yde, N. (2007) «La ciudad del necio deseo». En *Horizontes y tensiones de la psicología social*. VI Congreso Nacional de Psicología Social. Ponencia oral no publicada. Septiembre. Tlaquepaque, Jalisco. ITESO.

Jacobs, Jane (1973) *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Península.

Koolhaas, Desmond (2006) *La ciudad genérica*. Barcelona: Gustavo Gili.

Morris, Desmond (1978) *El zoo humano*. Barcelona: Plaza & Janes.

Sennett, Richard (1975) *Vida urbana e identidad personal. Los usos del desorden*. Barcelona: Península.